

Sara Herrera Peralta

Me fui como una tormenta



Luisa Bonjorno

Me fui como una tormenta

Sara Herrera Peralta (Trebujena, 1980) vivió parte de su infancia y adolescencia en Jerez de la Frontera. Tras haber residido en distintas ciudades como San Sebastián, Helsinki, Málaga, París, Londres o Toulouse, actualmente vive en una zona rural del departamento de Le Lot, en el sur de Francia. Es autora de trece poemarios. Su primera novela, *Arroz Montevideo*, fue seleccionada en la 31.ª edición del Festival du premier roman de Chambéry (Francia) como una de las mejores óperas primas del año en español. Su obra poética ha sido parcialmente traducida al inglés, italiano, francés, holandés, portugués y esperanto, y por sus libros ha recibido el Premio Internacional de Poesía Joven Martín García Ramos, el Premio Ana de Valle o el Premio Carmen Conde de poesía. Es Graduada en Artes, Letras, Ciencias Humanas y Sociales y Máster en Literatura General y Comparada por la Universidad de la Sorbona, donde llevó a cabo un trabajo de investigación sobre la obra escrita y bordada de Louise Bourgeois, un proyecto que inspiró la escritura de dos libros, el poemario *El píjar de los pájaros y el goteo del agua que cae del techo* (La Bella Varsovia, 2025), para cuya creación recibió una ayuda del Ministerio de Cultura y Deporte – Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura, y la novela *Me fui como una tormenta* (consonni, 2025).



Fotografia: Samuel Capdeville

Me fui como una tormenta

Sara Herrera Peralta

consonni

Índice

- Ajuar** 13
Partir 21
Bordar 31
Attendre 37
El corazón en la boca 43
Observer 51
Herbario 55
Poursuivre 61
El tejido 67
Fuir 75
El hilo 79
Essayer 83
Las manos 87
Retourner 97
- Nota y agradecimientos** 101
Bibliografía 103

*Je ne suis pas ce que je suis,
je suis ce que je fais avec mes mains*¹.
—Louise Bourgeois

1 «No soy lo que soy / soy lo que hago con mis manos». Si no se especifica de otro modo, las traducciones son mías (N. de la A.).

Ajuar

Me llamo Sara. Mi padre se llama Antonio. No cose, le gusta trabajar con madera, se le da bien pintar al óleo y es, sobre todo, un excelente fotógrafo. Sabe escuchar con los ojos. Sabe hablar sirviéndose de la luz. Mi madre se llama Antonia, sabe coser un botón o hacer un dobladillo, pero no le gusta hacerlo. No le gusta tejer, tampoco le gusta bordar. Solía tocar la guitarra y canta muy bien, pero sobre todo es una lectora maravillosa.

La madre de mi madre se llamaba Antonia. Han pasado dos años desde que murió en el momento en el que escribo este texto. Mi abuela dedicó gran parte de su vida a cuidar de sus dos hijos y de su marido, a ocuparse de las tareas do-

mésticas, desde que la familia se mudó a Madrid, después de la infancia y adolescencia, tras los años de la Guerra Civil española y la posguerra en pueblos de Granada y Jaén. Mi abuela Antonia bordaba sábanas, manteles, servilletas y pañuelos para su ajuar. Durante mi adolescencia, me enseñó a tejer. Me regaló su máquina de coser a los veintiocho años, cuando sus manos comenzaban a hacerse más pequeñas. Le dolían cuando se servía de ellas.

Yo no he sido capaz de hacer punto, croché o coser bien nunca. No tengo la paciencia necesaria, detesto usar un patrón. No ha sido por falta de ganas, no se me da bien. No obstante, vuelvo a las agujas de vez en cuando. Bordo piezas de decoración para la casa, coso cojines con la máquina, botones a mano que se caen de la ropa de mis hijos.

Durante mi adolescencia descubrí otra forma de crear con las manos. Reemplacé la aguja por el lápiz y comencé a escribir poemas. Fue así como encontré otra forma de comunicarme conmigo misma y con el mundo que me rodea. Ahora sé que mis manos no saben bordar con hilo: prefieren coser palabras. Escribir se ha convertido desde entonces en un refugio, en una forma de celebrar la vida a veces. Fue mi madre quien me transmitió el amor por los libros, la curiosidad por las palabras.

A pesar de ello, hay algo en el hilo, en su movimiento, en los colores que adopta según los tintes, en las tonalidades posibles, que me atrapa y que me interroga desde la adolescencia. Más allá del hilo en sí, siento un profundo respeto por el arte artesanal y por el gesto del bordado en particular,

tan cargado de memoria. En mayo del año 2013 viajé con una mochila por distintos pueblos y ciudades del norte de Argentina. Observar el trabajo de las manos sobre los hilos, crear el tejido, trabajar en el tinte, inició una búsqueda inconsciente entonces sobre el gesto del bordado y el gesto de la escritura. Bordar o tejer, escribir y editar: ¿cuáles son los límites y las posibilidades entre los lenguajes? ¿Pueden convivir como pueden convivir la escritura y el dibujo o la fotografía? En literatura, ¿podemos bordar sobre un texto ya escrito? ¿Podemos escribir a través del bordado, el dibujo, la fotografía u otras disciplinas, o estas artes se convierten inevitablemente en escritura? ¿Qué relación existe entre investigación y creación, ficción y no ficción? ¿Es posible el gesto del bordado gracias a la combinación de ficción y autobiografía?



Louise Bourgeois comenzó a escribir sus diarios a una edad temprana mientras dibujaba y cosía las telas del taller familiar siendo una niña y adolescente. La artista «del corazón en la boca»² (como ella misma se describió en uno de sus versos) descubrió más tarde la escultura, sin duda la faceta de su obra más conocida junto con sus enormes instalaciones artísticas.

Bourgeois reivindicó en vida su derecho a crear para sí misma, como si el acto de crear fuera una especie de medicina. Durante una entrevista con Suzanne Pagé y Béatrice Parent, dijo: «Solo trabajo bien cuando me aíso. Mostrar mi trabajo no es en absoluto necesario para mí»³. ¿Por qué la obra de Louise Bourgeois no fue reconocida hasta el final de su vida? ¿En qué medida la carga autobiográfica de su obra ha repercutido en el reconocimiento de su obra? ¿Cómo participan los conflictos internos en las enigmáticas formaciones de muchas de sus obras y escritos? ¿Por qué la elección de la escritura y el bordado junto con el dibujo, el grabado y la escultura? ¿Qué tienen en común su escritura y sus bordados? ¿Y por qué estas dos facetas artísticas de su obra son las menos conocidas por el gran público?

El 11 de diciembre de 2010, bajo el cielo gris de París, tres años después de mi llegada a Francia, bajé las escaleras de un cuarto piso sin ascensor de un viejo apartamento situado en la Avenida de Ségur, en el distrito 15, y caminé hasta la Mai-

2 BOURGEOIS, Louise, *The Return of the Repressed. Volume II: Psychoanalytic Writings*. Londres, Violette Editions, 2012. Pág. 52. «I Have my heart in my mouth».

3 DANESI, Fabien, et al., *Louise Bourgeois «Three Horizontals»*. París: Institut national d'histoire de l'art / Collège International de philosophie. Editions Ophrys, 2011. Pág. 8.

son de Balzac, donde se llevaba a cabo la exposición «Louise Bourgeois: Moi, Eugénie Grandet» («Louise Bourgeois: Yo, Eugénie Grandet») de la artista francesa. Bourgeois había fallecido unos meses antes el mismo año. Esta exposición exponía sus últimos trabajos que representaban un retorno al bordado y al tejido. En homenaje a la heroína de Balzac, Bourgeois preparó dieciséis pequeñas piezas utilizando paños de cocina y pañuelos de tela que había guardado en los cajones de sus armarios desde que se mudó a los Estados Unidos en 1938. En la exposición y en su catálogo, su «Oda a Eugénie Grandet» me dejó paralizada:

Me he pasado la vida y días enteros tirando de hilos para sábanas
y manteles

Me he pasado la vida haciendo un ajuar

Yo que nunca he estado atada a nada

Un poco de humor

Sin piedad

No soy tonta, solo infeliz

Temerosa ridícula lavandera

Me he pasado la vida lavando calcetines

Y pañuelos⁴

Había visitado con anterioridad algunas exposiciones sobre la obra de Louise Bourgeois en el Centro Pompidou de París, en el MoMA de Nueva York o en el Museo Guggenheim de

4 BOURGEOIS, Louise, *Moi, Eugénie Grandet*, Gallimard, Le Promeneur, 2010. Pág. 97.

Bilbao, pero esta pequeña exposición en la Maison de Balzac me impactó, me dejó atrapada en numerosas preguntas que a lo largo de los años se quedaron sin respuestas. Aquel día significó el comienzo de mi biblioteca sobre la obra, la biografía y los libros de arte de Louise Bourgeois. El día de mi visita a la exposición en la Maison de Balzac fue el punto de partida de una inmensa fascinación y admiración por la obra artística de Bourgeois y, en particular, por sus bordados y sus escritos.

No creo que la escritura pueda curar ni aliviar el sufrimiento, pero creo a ciegas en el poder de la escritura para comunicar gracias a la imaginación, junto con la creatividad. Los libros, a veces, funcionan como un puzle con piezas que no han sido situadas necesariamente con premeditación y conciencia. En ocasiones, los libros se escriben solos, la vida los escribe. Ese mecanismo se asemeja al funcionamiento de mi cerebro cuando escribo poesía, probablemente porque es un género que no requiere el tiempo y la constancia necesarios para los proyectos narrativos, un tiempo del que actualmente no dispongo. Seguramente, también, porque siempre he sido una entusiasta del *collage*.

Cuando era adolescente, soñaba con viajar a muchos países y capitales diferentes, imaginaba los ruidos y las danzas de esas grandes ciudades, quería bañarme en todas esas playas de lugares exóticos y quería, sobre todo, conocer a muchas personas de orígenes y culturas distintas, impulsada por una innata curiosidad. Para ello, aprendí tres idiomas, estudié varias carreras y másteres diferentes, recibí una beca de intercambio para estudiar en Finlandia, hice prácticas en

París, simulando que entendía el idioma cuando no siempre comprendía lo que me preguntaban al otro lado del auricular. Por aquel entonces, me quedaba a menudo embelesada en los hoy ya casi desaparecidos escaparates de las agencias de viajes. Revisaba las ofertas detrás del cristal, ofertas que para mí eran entonces inalcanzables económicamente, pero que, sobre todo, me permitían imaginar.

